

Sola en la barra de un bar

Siempre he admirado secretamente a esas mujeres que encaran solas la barra de un bar. Allí piden en voz baja una cerveza, un *gin tonic*, y dejan que pase el tiempo concentradas en sus pensamientos *on the rocks* mientras a su alrededor se pone a cien la máquina de las fantasías. ¿A quién espera? ¿Qué espera?

Soy consciente de que este apunte suena a viejo cliché de género y asumo mi culpa, pero al menos yo sí me fijo en las señoras cuando entro en un bar. Intento ver qué beben, qué miran y, sobre todo, qué reacciones provocan. Naturalmente no hablo de la hora del desayuno, ni del café rápido antes de subir a la oficina. Me refiero a esas franjas horarias en tierra de nadie. Y a la noche, por supuesto.

Mi tahúr particular sostiene que «a una tía sola en la barra siempre la entran los moscones». Que entienden que está lanzando señales para ser abordada por los barcos piratas. No estoy de acuerdo. No siempre. Hay algo

majestuoso en algunas mujeres de barra de bar, algo litúrgico que no debe ser molestado y así sucede.

Una mujer que conocí solía quedarse bebiendo cuando todas nos habíamos marchado: «La última me la tomo tranquila, ¿me disculpáis, chicas?». Nosotras accedíamos a sus deseos, la besábamos y la dejábamos en su vitrina de vestal concentrada en el oleaje breve del *whisky* con soda. Siempre nos preguntábamos qué pasaría después, con quién terminaría la noche. Ella jamás nos lo contó.

Hace unos días esperé a un amigo que siempre llega tarde en un *pub* irlandés lleno de hombres que bebían pintas de cerveza negra. Pedí una clara de limón y supe que era una mariconada. Cogí un periódico deportivo — no había otro— y miré el reloj, a ratos, demasiadas veces, yo diría. Un tipo se sentó a mi lado y recogió mi *foulard*, que se había caído al suelo. Me hizo un gesto divertido pero no seductor y siguió a lo suyo, una cerveza con patatas y una conversación de mafioso con negocios turbios de la que no me despegué en un largo rato. Los minutos pasaban y mi amigo me iba enviando mensajes de: «atascado», «perdón» y etcétera, mientras yo empezaba a relajarme en la oscuridad del bar, apoyada en la barra y mordisqueando unas patatas fritas. A mi izquierda cuatro oficinistas de traje y corbata hacían aspavientos machirulos y se reían a carcajadas de adolescente con granos. Nada interesante, dejé de mirar.

La camarera, una mujer, iba y venía silenciosa. Al fin se me acercó e inició una charla amable e insustancial, que agradecí pero secundé lo justo. Me estaba gustando esa soledad. Sentía que mi cuerpo se había acomodado en el taburete en un equilibrio sólido y que podía quedarme

allí mucho rato, a esa hora extraña de los bares, sin que nada ni nadie me alterase. Me levanté con cierta desgana cuando por fin llegó mi amigo.

Me gusta ir sola al cine. Me gusta leer sola el periódico en la terraza de un bar. Me gusta salir sola en bicicleta y recorrer el Retiro a esas horas en las que solo están los jardineros y algunos corredores entrenándose. Para comprar no necesito una segunda opinión que me diga «te queda ideal» o «deja eso, petarda» porque ya me lo digo yo, haciendo voces, si es necesario. Durante mis años de *freelance* fui feliz. No se me caía la casa encima ni echaba nada de menos. Cuando mis hijas no están me puedo pasar un domingo entero metida en casa sin dar señales de vida a nadie, desaparecida. Concluí hace tiempo que llevo una loba esteparia dentro, aunque me gusta la gente.

Ahora, además, sé que puedo acercarme a la barra del bar y conquistar el espacio mientras pasan las horas, desfilan los hombres y un camarero me atiende con ritual delicadeza.

Solo me falta pedir el *gin tonic* de Bombay clásica cuando las otras se han ido, como aquella mujer...

Cómo ser una *it-girl* y leer a Banville

Me piden que escriba sobre las *it-girls* y lo primero que se me ocurre es: Una *it-girl* es siempre intercambiable por otra. Todas son lánguidas, todas tienen las piernas largas y finas y todas pegan golpes de melena aunque carezcan de melena.

Ser *it-girl*, imagino, es un estado de gracia. Un mohín a diez minutos del restaurante de moda. Un hombre cerca y muchas mujeres que te envidian y quisieran ser como tú cuando tú no sabes quién eres. Una *it-girl* es un circo, un espectáculo sin fieras descafeinado y ñoño que alguien ha montado con mucho dinero y mucha fe en la insoportable levedad del ser humano.

(Vivimos rodeados de construcciones tan artificiales como las islas palmera de Dubai. Líderes postizos que caen por K.O. al primer embate. iPads, iPods, iPhones y toda la parafernalia de *gadgets* que nunca necesitamos y de los que ya no podemos prescindir. El hombre de tu vida, la mujer de tu vida... ¿Y tu vida?).

Una *it-girl* es una muñeca sin alma a la que alguien ha puesto una batería para que camine por imaginarias alfombras rojas y despierte suspiros y envidias alrededor. Va a los sitios empinada en altísimos tacones y lleva una de esas camisetas simples que siempre cuestan más de 300 dólares y una *blazer* ingrávida a modo de armadura. Se levanta tarde, no antes de las diez, desayuna alfalfa con yogur y monta en bicicleta ajena a los volcanes humeantes del mundo.

Su estigma y su destino es desatar pasiones sin vivir una pasión. Marcar tendencia sin saber qué demonios le gusta. Obedecer a estilistas, peluqueros, maquilladores, diseñadores y todo un *entourage* decidido a convertirla en objeto de deseo.

(A una *it-girl* siempre me la imagino bostezando y con un bolso grande que tira de ella como un *bull dog*).

Y ahora que he sido fría y distante, voy a escribir con las tripas y todo el impulso del segundo café de la mañana que sigue siendo noche.

No soporto a las mujeres lánguidas. Entiendo la elegancia del escorzo, los hombros huesudos y el tobillo fino. Pero los cerebros, como los muslos, los prefiero atléticos y fibrosos.

Una vez tuve en el trabajo a una lánguida rubia y tonta que andaba a dos palmos del suelo. Se enrolló, por cierto, con un chico listo que acabó dejándola en un ataque postcoital de bostezos. Ella se movía despacio, vestía trajes vaporosos y no levantaba la voz. Tenía la mala costumbre de no saludar, lo que le hice ver un día que me pilló a travésada.

—Ah, tú no estás entre mis prioridades...

La miré con cara de «voy a pegarles una hostia a tus larguiluchas y enclenques prioridades» y me di la vuelta. Tiempo después, ya en otro trabajo, recibía su currículum una y otra vez, pero por supuesto lo archivaba en la carpeta de lo no prioritario. La tonta era una aspirante firme al trono *it-girl*, ahora lo sé. Y su destino una barra americana en el país de las ninfas con mente anoréxica y tul ilusión.

Para recuperar la objetividad y no decepcionar a mi amiga me apresuro a transcribir lo que la Wikipedia establece al respecto: «Una *it girl* o *it-girl* es una mujer joven y atractiva que recibe una intensa cobertura mediática sin relación o desproporcional a los logros personales».

Poppy Delevigne, Alexa Chung, Olivia Palermo son tres de ellas, para los no iniciados. No las conozco, ignoro si desayunan tofu y dan clases de yoga de tres a cuatro de la tarde. Visten bien, cierto, y puede que lean a mi admirado John Banville justo antes de bajarse de la limusina que las conduce a la exhibición de turno, donde ellas son un jarrón de delicada y absurda porcelana.

Detesto a las lánguidas de cuerpo y espíritu, pero puede que sea porque nunca seré una de ellas. Porque me niego a pagar por una camiseta blanca de algodón el precio de un fin de semana de hotel con cama *king size* y revolcón. Porque jamás tendré melena ni piernas largas y finas. Porque amo la moda, sí, y me embadurno con ella sin aspirar a ser modelo para nadie. Porque mi hija adolescente me mira con cara de «qué cateta vas» justo antes de robarme del armario un pantalón pitillo o unas botas.

Porque la consistencia es eso que una se trabaja a base de vivir y salir un día a la calle mal vestida o mal peinada sin que sea un drama.

Y sobre todo porque no quiero ser intercambiable por nadie ni por nada.

P.D.: Lo contrario a una *it-girl* es Michelle Obama. ¡Cómo me gusta esa mujer que ayer, en *prime time*, aseguró que a su marido lo prefiere desnudo! Te entiendo, Michelle, cómo te entiendo...